



La Religión de la Humanidad: ¿Culminación del sistema positivo?

Estudio sobre el sentido de la religión positivista en el sistema de Comte*

Ana C. Conde

Es curioso que una misma época de lugar a planteamientos y a ideas diferentes, e incluso a veces contradictorias, aún a sabiendas de que son hijas de un mismo tiempo. Comte, hijo de un funcionario, intendente del departamento de l'Herault, y de una fervorosa católica, hija de un pequeño comerciante, no escapa de este enfrentamiento con algunos de sus contemporáneos, con quienes compartía no sólo un mismo tiempo, el post-revolucionario, sino también un mismo espacio, la Francia del XIX. Bien es cierto, se puede alegar, que las diferentes vivencias de una persona la convierten en lo que es, pero no es menos cierto que todos estamos condicionados por nuestra época, un *todo* envolvente, que consta de una memoria, en lo concerniente a su pasado, de una acción continua, con su presente, y de una proyección, con su futuro. La época que le tocó vivir a Comte fue la heredera de un tiempo de resaca, producto de la revolución francesa (1789), y el preludio de una esperanza de lo que tendría que llegar: el levantamiento de 1848, año de la revolución de los intelectuales o revolución de la fraternidad, denominada así porque ésta cerraba el círculo iniciado en 1789, año de la revolución de la libertad, y continuado en 1830, con la revolución de la igualdad. «La verdad, todo el mundo esperaba algo sin saber qué»¹. Pasado el tiempo de la espera, concluidas tal vez las esperanzas de algunos pensadores y literatos en la pura razón, una razón sin guía a merced del hombre, en 1852 publica nuestro filósofo el *Catecismo positivista* o *Exposición sumaria de la religión universal*, entre 1851 y 1854 aparecen los cuatro tomos del *Sistema de política positiva*, y en 1858, ya fallecido en el año anterior, aparece la *Síntesis subjetiva* o *Sistema universal de las concepciones propias del estado normal de la Humanidad*, en los que da una mayor importancia al sentimiento: «On ne peut pas toujours penser, mais on peut toujours aimer»². Qué es lo que produjo ese cambio, si es que lo hubo, ha sido el origen de múltiples interpretaciones y discusiones entre los estudiosos de Comte, así como el *leitmotive* de las páginas que el lector tiene entre las manos. En todo caso caeríamos en la presunción si nuestra intención fuera despejar toda duda sobre el papel original que Auguste Comte quiso dar a la religión: no podemos saber si lo que tenía en la cabeza era la lógica consecuencia (para él) de años de reflexión y

* La edición de las obras de Comte que se ha manejado ha sido la de sus *Ouvres complètes*, en Éditions Anthropos Paris, Paris, 1968-1970, publicadas en 12 volúmenes. Las citas del texto corresponden a esta edición.

¹ Negro Pavón, D.: *Comte: positivismo y revolución*, Ediciones pedagógicas, Madrid, 1995, p. 70.

² Esta afirmación la podemos encontrar en una carta a Clotilde de Vaux fechada en el 11 de febrero de 1.852. En este sentido es bastante interesante acudir al libro de Charles de Rouvre: *Auguste Comte et le catholicisme*, en Les éditions Rieder, Paris, 1.928, p. 96 y para centrarse en la relación Vaux/Comte en *L'amoreuse histoire d'Auguste Comte et Clotilde de Vaux* en Calmann-Lévy Editeurs, Paris, 1917 del mismo autor.

estudio o, más bien, fue un fruto de la locura que el francés trató de justificar con la maestría de la que era capaz. Ambas posibilidades son barajadas por Kolakowski: «¿se trata de un desarrollo más de su gran sistema o de la excentricidad de un enfermo mental?»³. Es por esto por lo que las tesis expresadas en este artículo han de ser tomadas como lo que son: humildes hipótesis.

I. Cada uno es hijo de su época

La Francia del XIX. El entorno de Auguste Comte

Hemos comenzado afirmando que una misma época puede dar lugar a doctrinas diferentes y en este aspecto el XIX francés es un claro ejemplo: veáse a Comte y a Condorcet, o, mejor, compárense a éstos con Baudelaire. El poeta del *Spleen de Paris* fue contemporáneo de nuestro pensador. Compárense fechas: Comte nace en 1798 y muere en 1857, Baudelaire vive entre 1821 y 1867. Comparten 36 años en la capital francesa, epicentro por aquella época de la cultura europea. El poeta francés publica su obra maestra, *Les fleurs du mal*, en 1857 y, en el mismo año, el padre del positivismo publica a su vez el *Catecismo*. Sin embargo no puede haber planteamientos más distantes y diferentes... pero ¿realmente son tan distintos? En diferente forma ambos se enfrentan a una época de mala coyuntura económica que agudiza los problemas sociales y políticos en Francia y de diferente forma tratan de buscar una válvula de escape. Así «*Es preciso, pues, sobre todo, en nombre de la moral, trabajar con ardor en conseguir por fin el ascendiente universal del espíritu positivo, para reemplazar un sistema caído, que, tan pronto impotente como perturbador, exigiría cada vez más la presión de la mente como condición permanente del orden moral. Sólo la nueva filosofía [la positiva] puede establecer hoy (...) convicciones profundas y activas verdaderamente susceptibles de sostener con energía el choque de las pasiones*»⁴. El hombre es por naturaleza dogmático, necesita creer, afirma Comte para acabar constituyendo una religión cuyo objeto de culto no es Dios, que no existe – que ha muerto podríamos decir con Nietzsche puesto que el hombre con su ciencia viene a ocupar su lugar - sino el Gran Ser o la Humanidad. «*La Humanidad sustituye definitivamente a Dios, sin olvidar jamás sus servicios provisionales*»⁵. Baudelaire por aquella misma época describía cadáveres pudriéndose en racimos a lo largo de los caminos y ensalzaba el mal como aquello que se había impuesto a las concepciones bien pensantes. El demonismo estaba de moda: Dios había muerto y en su lugar quedaba un animal que como los buitres se dejaba guiar por la carroña. El poeta, como hijo de su tiempo se calzaba los zapatos de Dios para poder encarnarse en el otro: «*El poeta disfruta del privilegio incomparable de poder ser a su guisa el mismo y otro. Como las almas errantes que buscan un cuerpo, entra cuando quiere, en el personaje de cada uno. Sólo para él está todo desocupado; y si algunos sitios parece que se le cierran, será porque a sus ojos no merece la pena visitarlos*»⁶. De una manera extraña ambos recurren a la religión, a la ausencia de un

³ Kolakowski, L.: *La philosophie positiviste*, Éditions Denoël/Gonthier, Paris, 1966, p. 77. Traduit par Claire Brendel. Hay traducción española en Cátedra de G. Ruíz Ramón.

⁴ Comte, A.: *Discours sur l'esprit positif*, en *Ouvres*, vol. IX, pp. 69-70. Hay traducción española en: Comte, A.: *Discurso sobre el espíritu positivo*, Alianza, Madrid, 1998, con traducción de Julián Marías.

⁵ Comte, A.: *Catéchisme positiviste*, vol. XI, p. 231. Hay traducción española en Ed. Nacional, traducción e introducción de Andrés Bilbao, Madrid, 1988.

⁶ Benjamín, W.: *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*. "Sobre algunos temas en Baudelaire", Taurus, Madrid, 1980, p. 132. Prólogo y traducción de Jesús Aguirre.

Dios, y en un ejercicio de metamorfosis de una misma idea se enfrentan a ella: su manera de encararse a la decadencia de la época hacen que Comte y Baudelaire acaben recurriendo a la religión y colocando al hombre o a su abstracto, la Humanidad, en su lugar. De manera que mientras Comte trata de restaurar un orden nuevo, Baudelaire se abandona al caos cuyo protagonista es el hombre de carne, sobre todo de carne, y hueso. Se podría alegar, llegados a este punto, que a Comte y a Baudelaire les separa un abismo, que no “tienen nada que ver” y que, por tanto, sería más pertinente sacar a colación a Condorcet, a De Maistre o a Chateaubriand, pensadores, en definitiva, más afines con Comte, pero sin embargo es precisamente por esa diferencia, por ese “abismo”, por lo que se ha rescatado la figura de Baudelaire: lo que nos interesa es cómo dos personajes tan dispares llegan a la misma conclusión (bien es cierto que desde muy diferentes perspectivas), uno a través de la ciencia, otro a través del horror: que el hombre necesita tener algo a lo que sujetarse para darse fundamento, aunque ese algo se le escape constantemente y aunque se presente, sea como un dios (o una humanidad sublimada), sea como un demonio.

Como vemos, las diferentes doctrinas y pensamientos tienen siempre unos presupuestos históricos que las condicionan y unas directrices ideológicas que las definen. El entorno determina en parte, como ya hemos apuntado, las afirmaciones doctrinales, por lo que su conocimiento es imprescindible. Pensadores y doctrinas surgen en un ambiente y de un ambiente que, si se olvida hará incomprensibles muchas afirmaciones teóricas. Lo sorprendente es que el mismo marco histórico puede dar lugar a concepciones diferentes y hasta contrapuestas, como hemos señalado con un par de pinceladas al comienzo del texto poniendo como ejemplo a Baudelaire y a Comte⁷. Este fenómeno nos enseña que los hechos históricos tienen una eficacia importante modificativa, pero no definitiva, en el pensamiento. En este sentido «*podemos comprender la doctrina de Comte en general y la de la ciencia en particular si se las toma como elementos de los proyectos de reformas universales llevados no sólo al campo de las ciencias, sino sobre todos los dominios de la vida humana. Sus reflexiones sobre la Francia contemporánea le llevan a la convicción de que es necesaria e indispensable una reforma fundamental de la organización social y de que para ello es también indispensable y necesaria una reforma en las ciencias y en el pensamiento*»⁸.

El marco de la Francia del XIX está claramente orientado por la revolución de 1.789 o, mejor dicho, por el fracaso de una revolución que anunciaba con convertirse en el prolegómeno de una era de razón y progreso. En su lugar pensadores y filósofos vieron cómo se cernía sobre sus esperanzas la sombra del terror y cómo *le siècle de lumière* era seguido por una *époque d'obscurité* que, en el mejor de los casos, no se aproximaba ni remotamente a aquello que se esperaba. ¿Qué hizo Comte? A mayor caos, mayor necesidad de orden y estabilidad. «*El orden se convierte en la condición permanente del progreso, en tanto que el progreso constituye el fin continuo del orden*»⁹, aunque de todas forma para él las ciencias estaban en ese momento en el punto justo para entrar en la “etapa positiva”. Ya lo dijera Guizot: «*Il n'y a pas de progrès qu'au sein de l'ordre!*» (¡No hay progreso más que en el seno del orden!). Solución: expulsar a los poetas de la república ideal como ya hiciera Platón en la República¹⁰. Bien es cierto, que Comte jamás pretendió eliminar a los poetas, aunque sí quiso erigir una república (eso sí, dictatorial): el sentido de mencionar a Platón es hacer notar que es necesario eliminar toda contingencia y, como hiciera el griego en el

⁷ No nos detendremos más en este aspecto puesto que no es éste el tema de estudio.

⁸ Kolakowski, L. : *op. cit.*, p. 61.

⁹ Comte, A.: *Système de Politique Positive*, en *Ouvres*, vol. VII, p.105.

¹⁰ Platón: *República*, Libro VII.

*Protágoras*¹¹, la ciencia ha ocupar su lugar: ha de regir sobre el caos que truncó el éxito de la revolución de 1789, ¿por qué? Porque la ciencia no cambia, es estable y permanece tal cual es más allá del comportamiento de los hombres: « *todos los fenómenos de cualquier clase, inorgánicos y orgánicos, físicos y morales, individuales o sociales, están sujetos, de manera continua, a leyes rigurosamente invariables* »¹² y por esto « *El dogma fundamental de la religión universal se resume, pues, en la existencia constatada de un orden inmutable, al cual están sometidos todos los acontecimientos* »¹³. La ciencia es aquello que permite formar ideas comunes y exactas y suprimir la subjetividad en la acción colectiva¹⁴, es « *una simple prolongación metódica de la sabiduría universal* »¹⁵ y nos lleva a « *la regeneración de la sociedad* »¹⁶. Es, en definitiva, una fuente de dogmas al servicio de la Humanidad que no puede ser cuestionada: « *si la ciencia estuvo, en la Edad Media, esencialmente sometida a la religión de Dios, debe, finalmente, en nombre de la razón y de la moral, estar mucho más completamente al servicio de la religión de la Humanidad* »¹⁷. Y, como vemos, frente al individuo concreto, una humanidad abstracta y eterna salvaguardada por la religión: « *es necesario hacer prevalecer las concepciones generales sobre las nociones especiales y subordinar los instintos personales a los sentimientos sociales, tales son los dos oficios, profundamente conexos, que debe cumplir hoy la verdadera religión* »¹⁸. La Humanidad, convertida ahora el objeto de veneración, está formada por « *el conjunto de los seres humanos, pasados, futuros y presentes. La palabra conjunto os indica que no es preciso incluir a todos los hombres, sino solamente a aquellos que son realmente asimilables, por una verdadera cooperación, a la existencia común* »¹⁹, por lo que « *el Gran Ser sólo puede obrar a través de los órganos individuales* »²⁰. Este Gran Ser es, además, el protagonista absoluto de la Historia, resultado de la síntesis de la dialéctica entre los vivos y los muertos. Como ya señala Negro Pavón « *Comte concede una excesiva importancia a la universalidad y continuidad de la historia, en la que se diluye lo particular, en perjuicio del carácter personal y finito de la vida humana* »²¹.

Esta preponderancia de la ciencia y de la religión como aquellos pilares fundamentales sobre los que puede descansar una relativa estabilidad social no era algo que Comte se sacara de la manga, así como tampoco era nuevo que esta

¹¹ Platón: *Protágoras*, 356 d – 526 a. La teoría del conocimiento en Platón y la política antidemocrática tienen que ver con la reducción a cero del espacio público defendido por Pericles. Ese espacio tiene que ver con una teoría del conocimiento. Hay que buscar el conocimiento verdadero de las cosas y para ello hay que pasar por el discurso científico, que en el *Protágoras* es un discurso mediatizado por su zambullida en el pitagorismo. Lo esencial es lo cuantitativo, el cálculo, que es lo que puede tratar de domeñar a la *tyché* y hacer menos azarosa la vida humana. Así Platón opta sin más remedio por una teoría del conocimiento en la que la vulnerabilidad de los asuntos humanos queda fuera porque a Platón lo que le interesa es el discurso científico del ente en cuanto ente, de lo que hay. Lo que tiene que perseguir el amante de la filosofía es el en sí, tarea que requiere una disposición anímica de la que carece el poeta trágico. Esto requiere un replanteamiento de la condición trágica del hombre. Platón cree que la ciencia puede poner en su sitio el devenir de las cosas, de manera que se paralice el río de Heráclito.

¹² Comte, A.: *Cours de philosophie positive*, en *Ouvres*, vol. VI, p. 655.

¹³ Comte, A.: *Catéchisme positiviste*, vol. XI, p. 52.

¹⁴ Negro Pavón: *op. cit.*, p. 130.

¹⁵ Comte, A.: *Discours sur l'esprit positif*, pp. 44 y 45.

¹⁶ Atienza, J.M.: *Hombre y ciencia en Augusto Comte*, Ágora, Málaga, 1995, p. 170.

¹⁷ Comte, A.: *Système de politique positive*, vol. VII, p. 476. Negritas nuestras.

¹⁸ *Ibid.*: p. 371.

¹⁹ Comte: *Catéchisme positiviste*, vol. XI, p. 66.

²⁰ *Ibid.*, p. 70.

²¹ Negro Pavón: *op. cit.*, p. 97.

estabilidad era necesaria para alcanzar un orden²² que llevara al progreso²³. La Revolución y sus consecuencias provocaron una reacción general que se orientó, bajo diversos puntos de vista, hacia una construcción y reconstrucción de la sociedad. En este sentido Kenneth Thompson afirma: «*Hasta la época de la revolución, el desarrollo político, en el que debe basarse siempre el argumento principal de la teoría de progreso, correspondía en su imperfección a la incapacidad del espíritu científico de formular la teoría de éste. Hace un siglo, los pensadores más eminentes no podían concebir un progreso real y continuo; y creían que la humanidad estaba destinada a moverse en círculos o en oscilaciones. Pero bajo la influencia de la revolución un verdadero sentido del desarrollo humano ha surgido espontáneamente (...)*»²⁴. La confianza en la razón o la falta de ella, en todo caso, fue el revulsivo que necesitaban los pensadores de la época para tratar de sacar a la humanidad de lo que hasta

²² El primero que esboza una teoría del progreso en el ámbito del conocimiento es un cartesiano llamado Fontenelle. En Francia se plantea por primera vez una teoría del progreso no limitado al ámbito del progreso, sino que trataba otros aspectos de la vida humana: la política, la moral y las costumbres. Aquí encontramos a Montesquieu, a Voltaire y a Turgot. La culminación del siglo XVIII está en la obra de Condorcet.

El siglo XIX se considera un tercer periodo dentro de las especulaciones relacionadas con la idea de progreso, donde se trata de probar la idea del progreso dentro del género humano. La búsqueda de una ley que explicara el desenvolvimiento de la sociedad fue el objeto de muchas filosofías del XIX; así se encuentra en Saint Simón y en Comte. Comte es el primero que lleva a cabo un progresivo, sistemático y desarrollado del progreso humano a través de las diferentes fases por las que ha pasado la humanidad.

Estos problemas son los que están en el trasfondo de gran parte de las ideas de Comte. Comte consideraba que su aportación decisiva era su **ley de los tres estados**, que era la gran síntesis que le permitía unificar los diferentes campos de reflexión y permitía señalar la superioridad del estado positivo frente a otros estados.

Las teorías del progreso en el XIX y en el XVIII se circunscriben al ámbito de lo humano y dan explicaciones que se remiten a este ámbito. No son teodiceas de la historia. Por otro lado, el mito de la edad de oro tiene un concepto cíclico del tiempo. El fin al que tiende el género humano se puede conocer, pero esa misma marcha es una marcha sin fin.

²³ El problema del progreso nace en la época moderna. No era posible que hubiera teorías sobre el progreso en épocas anteriores a la modernidad. El nacimiento de la idea de progreso se puede situar en la querrela entre los Antiguos y los Modernos, que se desarrolla en los siglos XVII y XVIII en el ámbito de las artes y también de las ciencias. Esta querrela supone el fin del yugo de la tradición y la crítica de los Modernos a la idea de decadencia y a la presunta verdad de la tradición. Estos planeamientos se quiebran con esta disputa. La querrela refleja el impacto que tiene la nueva ciencia y la nueva filosofía. En los ámbitos baconianos y cartesianos donde surgirá esta disputa, todos están adheridos a los nuevos planteamientos filosóficos y científicos. Será en estos ámbitos donde se formulan las primeras teorías del progreso. En *La idea de progreso*, Alianza, Madrid, 1971, Bury nos dice: «*Fuera del círculo de pensadores sistemáticos, la teoría común de la degeneración había sido discutida ya desde el principio el siglo XVII. Su discusión condujo a una guerra literaria, que duró cerca de cien años en Francia y en Inglaterra, acerca de los méritos relativos de los antiguos y de los modernos. El combate fue más agudo en el terreno de la literatura, y especialmente en el de la poesía, y fue mayor en él el interés del público, pero los polemistas más hábiles extendieron el debate a la totalidad del saber. La querrela de los antiguos y los modernos fue más tarde desechada como un curioso y más bien ridículo episodio de la historia de la literatura.* ».

La discusión tiene una considerable significación en la historia de las ideas. Forma parte de la rebelión contra el yugo intelectual del Renacimiento; el bando de los Modernos, que fueron los agresores, representaba la liberación de la crítica respecto de la autoridad de los muertos; y, pese a las perversiones del gusto de que fueron culpables, su polémica, incluso en su aspecto exclusivamente literario, fue particularmente importante.

²⁴ Thompson, K.: *Augusto Comte. Los fundamentos de la sociología*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, p. 141. Traducción a cargo de Carlos Valdés.

entonces parecía haber sido una “etapa de minoría de edad”. Que la revolución “fracasara” y se convirtiera en un baño de sangre otorgó las alas necesarias para tratar de cambiar las cosas y dar un nuevo rumbo a planteamientos ya obsoletos. Algunos, como Baudelaire, se convirtieron en abanderados de la decadencia y de la desconfianza en el hombre, otros creyeron necesario establecer un punto estable e inmutable para levantar sus teorías ya fuera éste la ciencia, la religión o una síntesis de ambas, como en el caso de Comte.

Los años clave sobre los que deben girar nuestras reflexiones son 1848, 1851 y 1852, años, por otra parte, en los que Comte se decanta ya libremente por el “sentimiento” y parece dar, lo que algunos han considerado, un giro radical a sus planteamientos. En febrero de 1848 estalla la revolución y se proclama el gobierno provisional de París. En 1851 Napoleón será elegido presidente de la República y unos meses más tarde, en 1852, dará un golpe de Estado²⁵ que significará el inicio del Imperio napoleónico. Este golpe marcará todo el acontecer político y social al traicionar los ideales que trataban de defenderse en la revolución de 1789 y pone fin al período revolucionario abierto a partir de 1848. El desarrollo del capitalismo puso de manifiesto que la Francia post-revolucionaria se encontraba profundamente dividida: por una parte, la burguesía, que desde principios de siglo había acaparado el poder político y, por otra, el proletariado, que a partir de 1.830 había comenzado un período de desarrollo político. El año 1848 fue el reflejo de que el capitalismo estaba lastrado por un abismal antagonismo entre estas dos clases sociales.

El golpe de Estado de Luis Napoleón salvó al orden burgués de su disgregación. También puso de manifiesto la complejidad de este mismo orden, en la medida en que Napoleón III se legitimaba como la instancia que cancelaba todo conflicto social. Si lo que en 1848 se cuestionaba era el orden social desarrollado por el capitalismo, en 1852 lo que se consagraba era este orden como orden Universal. Napoleón III no venía a salvar el orden capitalista, venía a salvar el conjunto de la sociedad.

Para Marx los acontecimientos de 1852 se enmarcan como un episodio más de la lucha de clases, pero nos dice: « *acosado por las exigencias contradictorias de su situación y al mismo tiempo obligado como un prestidigitador a atraer hacia sí, mediante sorpresas constantes, las miradas del público, como hacía el sustituto de Napoleón, y por tanto a ejecutar todos los días un golpe de Estado en miniatura, Bonaparte lleva al caos a toda la economía burguesa, atenta contra todo lo que a la revolución de 1.848 había parecido intangible, hace a unos resignados ante la revolución y a otros ansiosos de ella, y engendra una verdadera anarquía en nombre del orden, despojando al mismo tiempo a toda la máquina del Estado del halo de santidad, profanándola, haciéndola a la par asquerosa y ridícula* »²⁶.

²⁵ La revolución francesa de 1.848 inicia con Luis Napoleón una fase descendente de apartamiento de los ideales con que había nacido y culmina con la dictadura en la apoteosis del poder de un hombre. Luis Bonaparte dio un golpe de Estado el 2 de diciembre de 1.851 para ser reelegido presidente de la república y acabó proclamándose emperador el 2 de diciembre de 1.852. Los símbolos hablan de una restauración. La fecha de 2 de diciembre es el aniversario de Austerlitz, el número III indica que se guarda el orden de la dinastía Bonaparte, el propio emperador dice tomar como modelo las instituciones que no desaparecen. El Imperio es la contrarrevolución y ha de afianzarse por medio de medidas de fuerza. En prisión o exilio hay más de seis mil revolucionarios del 48. Se cierran discrecionalmente cabarets y periódicos. Fortoul suprime la inamovilidad de los profesores de la universidad. Un sector del catolicismo francés, cuyo órgano más importante de prensa es *L'Univers*, apoya al régimen, con elogios ditirámicos al soberano, “el hombre de la derecha de Dios”. Otro sector, en torno al periódico *Le Correspondant*, y con figuras como el obispo Dupanloup y el seglar belga Montalembert, critica, por el contrario, esta alianza entre el Trono y el Altar.

²⁶ K. Marx.: El 18 Brumario de Luis Bonaparte

Estos acontecimientos tienen para Comte un significado distinto: constituyen uno de los momentos fundacionales del orden positivo. Refiriéndose a estos acontecimientos leemos en el Catecismo positivista: «*Debido a la madurez inesperada de mis principales concepciones, esta resolución se encuentra muy fortificada por la feliz crisis que viene a abolir el régimen parlamentario y a instituir una república dictatorial, doble preámbulo de toda verdadera regeneración. Sin duda, esta dictadura no ofrece aún el carácter esencial explicado en mi curso positivista de 1847*»²⁷. El significado central del golpe de Estado consiste para Comte en la liquidación del sistema político basado en la práctica democrática. La universalización del sufragio, reivindicación en la que converge el movimiento obrero con los sectores más avanzados de la burguesía, suponía para Comte un peligro para la estabilidad social y era un peligro porque precisamente Comte quería salvaguardar lo inmutable, a la manera platónica y eliminar lo particular-concreto y para ello, evidentemente, había que eliminar la democracia por ser el sistema político más acorde con la contingencia del individuo particular. Deshacerse de la democracia es deshacerse de lo que ontológica y epistemológicamente ésta lleva consigo: el perspectivismo, la pluralidad. Para Comte no puede haber pluralidad, sino un absoluto abstracto divinizado: la Humanidad. De esta manera se puede apreciar que habría una relación necesaria entre la defensa del francés de una República dictatorial, el empleo de una metodología científica y la exaltación en último término de la Humanidad a cuya veneración empuja la Religión positiva. Todo ello posibilitaría un terreno lo suficientemente estable para salvaguardar el orden y el progreso de una humanidad sin caras ni nombres: «*toda institución política verdaderamente racional debe reposar constantemente, para implicar una eficacia social y duradera, sobre un acto análisis previo de las tendencias espontáneas correspondientes, las únicas que pueden suministrar a su autoridad raíces suficientemente sólidas: en una palabra, se trata esencialmente de contemplar el orden, a fin de perfeccionar lo conveniente, y en modo alguno de crearlo, lo que sería imposible*»²⁸. Por tanto, podemos afirmar que la religión positivista no es sólo un paso lógico dentro del sistema comteano, sino además un paso necesario.

II. La evolución de la concepción de la religión positivista

La primera piedra de la religión positivista. Rechazo a Lutero

Con frecuencia se han distinguido tres períodos en la evolución filosófica de Auguste Comte. En el primero²⁹ de ellos, denominado “reformista”, Comte aparece como reformador social y como colaborador de Saint Simon.

²⁷ Comte, A.: Catéchisme positiviste, vol. XI, p. 12.

²⁸ Comte, A.: Cours, p. 278.

²⁹ A grandes rasgos baste señalar que Comte, tras haber estudiado en el Liceo imperial de Montpellier y haber aprendido matemáticas de la mano de Daniel Encontre, es admitido en la Escuela Politécnica en 1814 y, tras su cierre dos años más tarde por ser considerada republicana y bonapartista por la Restauración, asistió a facultad de Medicina y participó en la vida política. En 1816 conoció a Saint Simon con quien empezó una colaboración estrecha hasta su ruptura en 1824. Hasta 1830, año que marca el inicio del segundo periodo de su evolución intelectual con la salida a la luz del primer tomo del *Cours*, Comte contrae matrimonio con Carolina Massin, es internado por una crisis mental e intenta suicidarse arrojándose al Sena en el Pont des Arts, se recupera y comienza a trabajar de nuevo. Para finalizar este fugaz esquema de la vida de Comte en estos años *en un clin d’œil* podemos señalar que se ha

Pese a que estos años son calificados por algunos (aquellos que distinguen algo así como “dos Comtes”: uno filósofo de la ciencia y otro alejado del positivismo y “demente”³⁰) como años de maduración de una filosofía rigurosa y netamente “positiva”, no obstante también pueden ser calificados como años de preparación en los que se entreven los primeros indicios que señalan lo que habrá de ser el lógico último ladrillo de su *sistema*. No hay “dos Comtes” si con esto se quiere señalar la existencia de un corte a partir del cual traiciona sus propios principios, sino una evolución coherente de lo que ya anunciaran sus primeros escritos. El primero de todos ellos, escrito en 1816, lleva el título de *Mes reflections. Humanité, vérité, justice, liberté, patrie. Rapprochements entre le régime de 1793 et celui de 1816 adressés au peuple français par Comte, ex-élève de l’Ecole Polytechnique*. En este escrito, rebosante de un fervor apostólico, se dirige al pueblo francés, “**adressé au peuple français**”, para advertirles que debido a la ceguera del pueblo el peor gobierno puede subsistir y que por ello sólo los hombres sabios, él por supuesto está entre ellos, son capaces de ver la realidad y abrir los ojos al pueblo... ¿No volvemos a tener en mente a la *República* de Platón?

Comte parece tener desde el principio ansias por erigir una verdad única e iluminadora que borre toda particularidad. ¿Cómo no iba a caer, tras ensalzar a la ciencia, en una religión que eliminara a los individuos en aras de una abstracta y eterna Humanidad? El francés, lejos de querer un sistema político en el que gobierne la mayoría, opta por un sistema “totalitario”, puesto que parece que el pueblo, gobernado por sus dogmas, es incapaz de pensar por sí mismo. Así quiere erigir un nuevo gobierno que carezca de los problemas que han dado las formas de gobierno anteriores. En nombre de Saint Simon escribirá en 1817 en el tercer volumen de *L’Industrie*: «Los hombres de opinión más divergente acerca del estado actual de lo social en Europa, están de acuerdo en admitir que este estado es extraordinario, que no puede durar, que es urgente hacerlo cesar. No hay que ser muy ilustrado para percibir que este estado proviene de que el sistema que ha ligado durante veinte siglos las ideas morales y políticas, se encuentra hoy destruido, sin haber sido sustituido por ningún otro. Puesto que el desorden de la sociedad se debe a la caída del viejo sistema de las ideas morales y políticas, el desorden no cesará sino por la adopción de un nuevo sistema; pues, resultará bastante claro, que el estado de sociedad exige absolutamente uno».

Para Comte es necesario hacer de la política una ciencia positiva, y del político un científico cuya autoridad debe ser respetada por los que nada saben: el vulgo. Está claro: Comte es republicano, pero no demócrata, dos cosas inconciliables en la práctica. Frente a la democracia, una república dictatorial y frente a lo particular, lo universal. Años después afirmará en la lección 46 del *Cours*: «ninguna opinión pública podría subsistir sin tener realmente a la vista el bien público, por estrecha e imperfecta que resulte la noción que se forma del mis». Vistas así las cosas, Comte redacta su primer esbozo de filosofía social tratando de combinar la ciencia y la política y en el que la filosofía será aquello que «disciplina las ciencias coordinándolas, haciéndolas más racionales y más útiles al servicio de la **humanidad**»³¹.

En 1821 Saint Simon publicó el *Système industriel* en el que se incluía un escrito de Comte: *Prospecto de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad* y que fue conocido por *Plan des Travaux* (*Plan de los trabajadores*). Las fricciones entre maestro y discípulo se hicieron más evidentes hasta que, finalmente, en 1823 rompieron su colaboración. Comte se dedicó a ampliar y reelaborar este

llegado a definir al Comte de este período como esencialmente «un politécnico» (a este respecto véase Negro Pavón: *op. cit.*, p. 46).

³⁰ Kolakowski, L.: *op. cit.*, pp. 58-59.

³¹ Negro Pavón, D.: *op. cit.*, p. 230. Negritas nuestras.

último escrito de manera que la ciencia quedara al servicio de la **Humanidad**. Esta idea se enlaza con otra de interés para nosotros: la historia. Para este todavía joven filósofo el curso de la historia es inevitable: «*los espíritus que creen luchar denodadamente contra la marcha de la civilización obedecen, sin saberlo, a su irresistible influencia, y concurren ellos mismos a secundarla*»³². Esta inevitabilidad hace superfluo todo intento de lucha, y en este panorama de inevitabilidad histórica la **Humanidad**, ya en 1823, se convierte en la nueva “divinidad”, aquello a lo que todo se dirige. Saint Simon, su maestro, ya había señalado que «*la idea de Dios no es otra cosa que la idea de la inteligencia humana generalizada*».

Lo que más nos interesa de este escrito es la idea de que al igual que en las ciencias, como la astronomía o la física, no hay libertad ilimitada de conciencia, resulta absurdo que, si la política ha de transformarse en una ciencia, en ésta no ocurra lo mismo. Por tanto se elimina la libertad de conciencia del plano político, puesto que ésta «*impide el establecimiento uniforme de cualquier sistema de ideas generales, sin el cual no hay sociedad, al proclamar la soberanía de cada razón individual*». Esta idea se enlaza con el rechazo a Lutero en las *Consideraciones sobre el poder espiritual*, concluido durante la crisis nerviosa que llevó a su ingreso. Este escrito constituye un elogio al Papado medieval. Este hecho es importante: no olvidemos que su religión positivista toma como base al catolicismo. Los motivos de su elogio son claros: en el medioevo, mediante la combinación del catolicismo y el feudalismo, fue posible que «*las sociedades humanas hayan podido establecer en gran escala la posibilidad de reunir bajo un mismo poder espiritual poblaciones demasiado numerosas y variadas, con poderes temporales distintos e independientes*»³³. No obstante esta combinación se rompió por el dogma protestante de la libertad ilimitada de conciencia que Lutero entendió como espacio de libertad interior. El cisma tenía que ver de fondo con cuestiones políticas porque la última palabra política la tenía el Papa. Por tanto Lutero es fundamental por dos razones: 1) Por un lado critica la conducta anticristiana y antimoral del Papado; y 2) Por otro, a partir de Lutero empiezan a aparecer diversas interpretaciones de las Escrituras. La recuperación de este espacio interior marca la aparición de la religiosidad como vivencia frente a su concepción anterior en la que la religiosidad era articulada desde un orden externo: la culpa, el pecado, la Inquisición, el infierno... Para Comte, Lutero y la doctrina protestante del libre examen constituyen la causa principal de la anarquía moderna. El poder espiritual debe estar, según Comte, por encima de toda frontera y abarcando todos los pueblos. «*En el nuevo orden, al poder espiritual le corresponde, por tanto, lo especulativo, la determinación de las tendencias, y al temporal la acción, el logro de resultados: tal es la primera gran división del trabajo social, división reguladora de la jerarquía espontánea que se forma en el interior de la Sociedad. Puesto que el dogmatismo es el estado habitual de la inteligencia humana, en cada sistema político precede siempre la formación del poder espiritual al temporal, pues, en toda sociedad normal, dice, las nociones de bien y mal deben reducirse a lo prescrito y lo prohibido*»³⁴. La sociedad, afirma Comte, está desorganizada tanto en el plano temporal como en el espiritual y la culpa es de Lutero, que ha reemplazado «el principio de la confianza ciega por el principio del derecho de examen». «*Todo el problema está aquí. Desde Lutero (es por eso que la revolución [francesa] remonta al siglo XVI) los dogmas de fe han sido reemplazados por el dogma de la libertad de conciencia. Este dogma, para Auguste Comte, es el padre de todos los males*»³⁵.

³² Comte, A.: *Plan des travaux*, vol. X, p. 230.

³³ Negro Pavón, D.: *op. cit.*, p. 56.

³⁴ *Ibid.*, p. 58.

³⁵ de Rouvre, C.: *op. cit.*, p. 32.

En resumen, ya en sus primeros escritos aparecen los primeros indicios de lo que habrá de ser el último ladrillo de su *sistema*: planteamientos claramente “científicos”, así como una evidente preponderancia de una ciencia que lleva a una más que clara vertiente moralista, que unido con su admiración al Papado medieval desembocará en una incipiente, en estos años, religiosidad; el concepto de Humanidad en detrimento del individuo, así como una divinización de esta al tratar el curso inevitable de la Historia.

Comte, filósofo positivista riguroso....o no tanto. Levantando murallas

El llamado período filosófico transcurre entre 1830 y 1846³⁶. Según la interpretación de los “dos Comtes” este periodo estaría presidido por su *Curso de filosofía positiva* y además contendría su *Discurso sobre el espíritu positivo* y el *Curso de Astronomía popular*.

Comencemos por recordar el ya más que conocido comienzo del *Discurso sobre el espíritu positivo*: «Según esta doctrina fundamental, todas nuestras especulaciones, cualesquiera, están sujetas inevitablemente, sea en el individuo, sea en la especie, a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo podrán calificar aquí suficientemente, para aquellos, al menos, que hayan comprendido bien su verdadero sentido general. Aunque, desde luego, indispensable en todos los aspectos, el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquél, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero; en éste, el único plenamente normal, es en el que consiste, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana»³⁷. El hombre ha comenzado por concebir los fenómenos de todas clases como debidos a la influencia directa y continua de agentes sobrenaturales; a continuación los ha considerado como producidos por diversas fuerzas abstractas inherentes al pueblo, pero distintas y heterogéneas, y, por fin, se ha limitado a considerarlas como sometidas a un cierto número de leyes naturales invariables que no son otra cosa que la expresión general de las relaciones observadas en su desenvolvimiento. Estas son las tres grandes épocas de la evolución humana que la Historia nos revela con respecto a cada ciencia y que el examen de la naturaleza humana nos conduce a colocar como “inevitables” e “indispensables”, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el moral y social. Dentro de la primera etapa, Comte distingue tres momentos que le parecen resumir toda la historia de las religiones: fetichismo, politeísmo y monoteísmo. Esta ley de los Tres Estados constituye el cuadro sobre el cual Augusto Comte vierte toda su doctrina. Años más tarde llegará a afirmar que «la historia de la humanidad puede ser representada, en un sentido, como una evolución que va desde la religión primitiva (fetichismo) a la religión definitiva (positivismo)»³⁸. Para implantar la mentalidad

³⁶ En cuanto a su vida personal baste decir que comienza a cartearse con Stuart Mill y, en 1842, su mujer, Carolina de Massin, le abandona. Conoce en 1844 a Clotilde de Vaux. Lee a Dante, a Petrarca, a Ariosto...

³⁷ Comte, A.: *Discours sur l'esprit positif*, vol. XI, p. 2.

³⁸ Llegará incluso, por otra parte, a proclamar la necesidad de un cuarto estado, en el cual el espíritu se libera de la ciencia “como se ha liberado de la ontología y de la teología,” aunque el estado científico, por lo menos tal como ahora es concebido, no debe constituir más que un primer paso hacia el estado verdaderamente positivo; tanto que, mientras el prestigio positivo sobreviva bajo el yugo teológico y metafísico, permanecerá incapacitado para dirigir la reorganización final. Pero todo esto que hemos señalado no impide que Comte mantenga hasta el final “la ley fundamental de la evolución intelectual”. Al fin de su vida comprueba con

positiva Comte creía que *«La intención fundamental que debe prevalecer hoy en una elaboración didáctica semejante, consiste en concebir la universal iniciación sistemática de la razón pública en la sana filosofía astronómica, como constituyendo un preámbulo indispensable, o más bien, un primer grado normal del próximo establecimiento de un nuevo sistema filosófico plenamente homogéneo, el único susceptible en adelante de organizar convicciones duraderas y unánimes. El público actual no puede y no debe integrarse, sin duda, en empresas parejas, más que por su relación real con la gran reorganización en que se encuentra tan justamente preocupado»*³⁹.

A grandes rasgos las preocupaciones del francés siguen siendo las mismas: protagonismo absoluto de la ciencia para encauzar la moral y la política, el apoyo a un sistema político “poco deliberativo” y la creencia de que el curso histórico es inevitable. Es preciso –añade Comte– que se consuman las tres etapas, la teológica, la metafísica y la positiva, para que la Humanidad llegue a su “mayoría de edad”. En el *Discurso* continúa afirmando que el auténtico espíritu positivo consiste: *«En ver para prever, en estudiar lo que existe a fin de concluir de ello lo que será, de acuerdo con el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales»*. Por tanto, si lo que caracteriza a los fenómenos naturales es su invariabilidad y el curso histórico es ya un todo cerrado, nos encontramos ante un determinismo que nos llevará, previo paso por los tres estados, a la toma conciencia de que cada individuo forma parte de un todo, la Humanidad, que constituirá el paso último del progreso humano. Esta Humanidad será divinizada como la historia, esa gran corriente que todo lo envuelve, “el pasado, el presente y el futuro”. José María Atienza nos dice *«Su construcción de la Ley de los tres estados, la concepción del “dogma general” de la invariabilidad de las leyes de la naturaleza, la estructura legal de la realidad tal como la inteligencia humana la aprehende en el curso de la actividad científica, etc, son otras tantas sistematizaciones en las que la inteligencia traspasa los límites impuestos por la experiencia. Pero, además, la vocación reformadora del comtismo llevaba implícita la exigencia de una metafísica desde el momento mismo en que orientó el esfuerzo constructivo y reformador en el sentido de poner el concepto de Humanidad en el centro de toda la vida (racional o afectiva, individual o social) del ser humano. Dicho de otro modo: no puede separarse la concepción del conocimiento científico de la construcción utópica y religiosa en el sistema comteano»*⁴⁰.

Hemos visto cómo el positivismo favorece y exalta el hecho científico, cómo la filosofía positiva ha de interpretarse como *«una manera uniforme de razonar aplicable*

satisfacción que sus treinta años de trabajos habían sido admitidos por todos los pensadores que estaban verdaderamente a la altura de este siglo, Siempre reivindicó la paternidad de lo que con fiereza llamó “su ley”, “su gran ley”, contando él mismo cómo la había descubierto luego de una noche de reflexión intensa y cómo había encontrado a continuación en ella misma su unidad cerebral y la plenitud y la armonía filosófica.

Se ha dicho que ésta era una ilusión que se hacía Comte. Se han citado textos anteriores. Hay que reconocer, en efecto, por no hablar de otros antecedentes menos precisos, que Saint Simon, refiriendo los propósitos del doctor Burdin, había distinguido en toda ciencia dos estados sucesivos, conjetural y positivo, prediciendo que la moral, la política y la filosofía llegarían a ser ciencias positivas; también se señala que en su *Sistema industrial* había hablado de un estado intermedio entre las ideas puramente teológicas y las ideas positivas. Lo que constituye la verdadera originalidad de Comte es precisamente la generalización a la que se lanza y la fundación del positivismo, a la vez, como método y como doctrina; su originalidad estriba en la constitución de una vasta síntesis que condensa en una fórmula simple, a la vez una filosofía de la naturaleza, de la historia y del espíritu.

³⁹ Comte, A.: *Discours sur l'esprit positif*, vol. XI, p. 28.

⁴⁰ Atienza, J.M.: *op. cit.*..., p. 132.

a todos los asuntos en los que puede ejercitarse el espíritu humano»⁴¹ y como la ciencia trata de convertirse en filosofía y la política en ciencia. Además si la Humanidad evoluciona por fuerza, puesto que el progreso es un hecho indiscutible, «nos hacemos cada vez más inteligentes, más activos, de mejores sentimientos»⁴², esta Humanidad deberá ser, siguiendo el hilo lógico de las reflexiones comteanas, divinizada obligatoriamente. Como dice Gurvitch «el progreso comteano se funda sobre la sublimación de la Humanidad y la sociedad en Bien supremo»⁴³. Esto permitirá a Comte decir que «el reino provisional de Dios ha de ser finalmente sustituido por el irrevocable reino de la Humanidad»⁴⁴.

Si nos atenemos a lo que escribe en estos años de su “período filosófico” es evidente que sus últimas conclusiones que le llevan al “reino de la Humanidad” estaban ya bosquejadas, o mejor, anunciadas: «El espíritu positivo (...) es directamente social (...) como consecuencia de su misma realidad característica. Para él, el **hombre propiamente dicho no existe, no puede existir más que la Humanidad**, puesto que todo nuestro desarrollo se debe a la sociedad, desde cualquier punto de vista que se le mire (...) El conjunto de la nueva filosofía tenderá siempre a hacer resaltar, tanto en la vida activa como en la vida especulativa, el vínculo de cada uno con todos »⁴⁵ y más adelante «En esta vasta expansión social encontrará cada uno la satisfacción normal de aquella tendencia a eternizarse (...) No pudiendo prolongarse más que por la especie, el individuo sería así arrastrado a incorporarse a ella lo más completamente posible, uniéndose profundamente a toda su **existencia colectiva, no sólo actual, sino también pasada y, sobre todo, futura**»⁴⁶. Curiosamente en la llamada época de “traición” a los ideales positivistas dirá algo parecido: en el año 1852 afirmará que «La Humanidad es el conjunto de los seres humanos, pasados, futuros y presentes»⁴⁷. El filósofo francés también sostendrá que «Vivir para otro se convierte así en la felicidad suprema. Incorporarse íntimamente en la Humanidad, simpatizar con todas sus vicisitudes anteriores, y presentir sus futuros destinos, concurren activamente a prepararlos, constituirá el fin familiar de cada existencia»⁴⁸. Los individuos son, en palabras de Kolakowski, «un producto de la Humanidad»⁴⁹. Es preciso hacer notar que mientras el *Discurso sobre el espíritu positivo*, al que corresponden los dos primeros fragmentos citados, está fechado en 1844 (¡1844!), el *Discurso sobre el conjunto del positivismo* y el *Catecismo* son del año 48 y 52 respectivamente.

En la lección 46 del *Cours* la sublimación del todo, la Humanidad, sobre la parte, el individuo ya es contemplada: «el orden social será siempre incompatible, por necesidad, con la libertad permanente dejada a cada uno, sin el cumplimiento previo de alguna condición racional, de volver a someter diariamente a discusión indefinida las bases mismas de la sociedad». Esta sublimación también puede leerse bajo el prisma político para dar prioridad, como ya hemos señalado, a lo universal frente a lo particular. En este sentido Comte «Descalifica a la burguesía como clase dirigente –no a los patricios, los industriales positivistas- y condena la ideología demoliberal, incompatible, ciertamente, con el positivismo, por ser el dominio espontáneo del

⁴¹ Comte, A.: *Cours*, vol. I, pp. XIII - XIV

⁴² Comte, A.: *Système de politique positive*, vol. VI, pp. 71-72.

⁴³ Gurvitch, G.: *Pour le centenaire*, Centre de Documentation universitaire, Paris, 1957, p. 34.

⁴⁴ Comte, A.: *Système de politique positive*, vol. VII, p. 402.

⁴⁵ Comte, A.: *Discours sur l'esprit positif*, vol. XI, p. 74-75.

⁴⁶ *Ibid*, p. 75. Negritas nuestras.

⁴⁷ Comte: *Catéchisme positiviste*, vol. XI, p. 66.

⁴⁸ Comte, A.: *Système de politique positive*, vol. VII, p. 353.

⁴⁹ Kolakowski, L.: *op. cit.*, p. 77.

charlatanismo y de la mediocridad»⁵⁰. No en vano afirmará que «el dogma de la libertad ilimitada de conciencia ha sido inventado para destruir el poder teológico; el dogma de la soberanía popular para invertir el poder feudal; el dogma de la igualdad para destruir la antigua jerarquía social»⁵¹.

En este contexto, la moral no deja de ser un tema principal puesto que «*no existe nada real fuera de la Humanidad, sobre todo en el orden intelectual y moral*»⁵². Esta moral se caracteriza por ser “autónoma” y “heterónoma”⁵³. Autónoma porque ha de ser tomada por el individuo como expresión de su subjetividad y heterónoma porque también ha de ser sublimada en la conducta objetiva de la invariabilidad del todo. La sociología y la ciencia moral comteanas vendrán dadas por la preocupación del francés hacia la ruptura que provoca la libertad ilimitada de conciencia, a la que ya hemos hecho referencia, entre los individuos. «*La observación interior engendra casi tantas opiniones divergentes como individuos se entreguen a ella*»⁵⁴ -afirmará Comte en el *Cours*. Si es grave que el dogma protestante luterano de la libertad de conciencia lleve a la anarquía más lo es aún que ésta sea de índole moral. Para evitar este mal Comte propone recuperar una moral conforme a la naturaleza y para ello es necesaria una “moral científica”. El papel de la moral es decisivo porque sin ésta no hay una lógica evolución del sistema que Comte está levantando: «*primero hay que elaborar la teoría moral para los sabios; luego, la religión para la generalidad; finalmente, la lógica que garantice la armonía entre religión y moral*»⁵⁵.

La última piedra

Moralista, teólogo, traidor de los valores positivistas...La tercera etapa de la evolución doctrinal de Comte fue considerada por muchos como producto de la demencia. Tanto Stuart Mill como Littré consideraban que se había producido un giro radical con respecto a sus planteamientos anteriores y que ello era obra, sin duda, de la locura. Stuart Mill lo califica, no sin ironía, de “Gran Padre de la Religión de la Humanidad”⁵⁶ y acaba su libro *Augusto Comte y el positivismo* con esta conclusión: «*Es posible que riámos, pero más bien lloraremos ante la triste decadencia de un gran espíritu*»⁵⁷. Ante este tipo de posiciones críticas, Comte ya se había adelantado a quienes proferían críticas contra la religión positiva: «*vuestra principal objeción proviene de una insuficiente comprensión del positivismo, pues únicamente lo consideraréis en la forma incompleta con la que aún se presenta a la mayor parte de sus partidarios. Estos se limitan a la concepción filosófica emanada de la preparación científica, sin llegar hasta la **conclusión religiosa, la única que resume el conjunto de esta filosofía**. Pero al completar el estudio real del orden universal se ve, finalmente, que el dogma positivo se concreta alrededor de una concepción sistemática, tan favorable al corazón como al espíritu*»⁵⁸. Es decir, sólo la religión puede ser el cierre adecuado para el sistema positivo puesto que ésta supone el desarrollo pleno de la Humanidad y la realización del tercer estado: el estado positivo. En este sentido el papel de la ciencia no ha sido más que el de «*herramienta*

⁵⁰ Negro Pavón, D.: *op. cit.*, p. 166.

⁵¹ De Rouvre, C.: *op. cit.*, p. 35.

⁵² Comte, A.: *Cours*, vol. VI, p. 636.

⁵³ Negro Pavón, D.: *op. cit.*, p. 135-136.

⁵⁴ Comte, A.: *Cours*, I, p. 30.

⁵⁵ Negro Pavón, D.: *op. cit.*, p. 142.

⁵⁶ Stuart Mill, J.: *Auguste Comte et le positivisme*, L'Harmattan ; Paris, 1999. Traduit par Georges Clemenceau, p. 135.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 201.

⁵⁸ Comte, A.: *Catéchisme positiviste*, vol. XI, p. 56. Negritas nuestras.

mediante la cual la Humanidad llega a ser lo que es »⁵⁹, de hecho ya en el Cours había señalado «Ciencia, de donde previsión; previsión de donde acción»⁶⁰; resumiendo: conocer para mejorar⁶¹.

Desde el año 1848, en el que se sitúa el comienzo del “otro Comte” (aunque para nosotros siempre será el mismo), hasta su muerte en 1856, Comte escribe el *Discurso sobre el conjunto del positivismo*, el *Sistema de política positiva*, el *Catecismo positivista*, el *Llamamiento a los conservadores* y la *Síntesis subjetiva*. Además, funda en el 44 la Sociedad Positivista; en el 46 muere su “amante”⁶² Clotilde de Vaux; como “Gran Padre de la Religión Positiva” casa a dos proletarios tras haber instituido su Iglesia Universal Positivista en 1849; intenta mantener correspondencia con el zar Nicolás I (que jamás le responderá) y finalmente muere el 8 de septiembre de 1856. Estos hechos señalan que 1) No cree haber traicionado sus valores originales puesto que funda la “Sociedad Positiva”; 2) Instituye la Religión Positiva, sin la cual la evolución lógica de su sistema no se hubiera cerrado; y finalmente 3) Mantiene políticamente sus ideas intactas y las sintetiza con su Iglesia positiva: «La Religión de la Humanidad inaugurará la moral universal regulando la conducta de los pueblos antes que la de las familias y la de los individuos »⁶³. No en vano saluda con entusiasmo el golpe de Estado del 2 de diciembre de Napoleón Bonaparte que termina con la anarquía parlamentaria.

Recordemos que cuando en 1847 imparte un curso sobre la “Evolución de la Humanidad” anuncia la institución de la República y el advenimiento de la Religión final. Todas las piezas encajan. Así se produce una combinación de sus planteamientos políticos, morales, científicos, históricos, filosóficos y religiosos en la gran síntesis que constituye la Iglesia positiva.

Políticamente en esta etapa sus ideas siguen su curso y llegará a afirmar que el positivismo se caracteriza por «sustituir los derechos por los deberes, igual que las causas por las leyes, de acuerdo con la eliminación radical de las voluntades arbitrarias a fin de que lo relativo remplace a lo absoluto. Entonces, todo digno ciudadano se convierte en un funcionario social, al ejercer, a la vez, un oficio especial y una sabia participación en la economía general»⁶⁴. Seguirá manteniendo la supresión de lo particular concreto: «En la nueva lógica religiosa, la sustitución especulativa de lo absoluto por lo relativo y la sustitución afectiva de la humanidad por el hombre»⁶⁵.

Así mismo, tratará de mantener un equilibrio entre ciencia y religión, así como recuperará el fetichismo para satisfacer la necesidad de “seguridad” corporal y de tranquilidad emocional puesto que el hombre es “dogmático por naturaleza”. Parece que su creencia inicial de que el espíritu científico sólo podía redimirse por medio de la razón, evoluciona hasta afirmar que lo único que puede salvar a ésta es el amor y el sentimiento y, a través de ellas, la religión.

⁵⁹ Negro Pavón, D.: *op. cit.*, p. 123.

⁶⁰ Comte, A.: *Cours*, vol. I, p. 52.

⁶¹ Comte, A.: *Système de politique positive*, vol. X, p. 13.

⁶² Pese a los reiterativos intentos de Comte por hacer que Clotilde de Vaux sea su amante, jamás lo conseguirá. No obstante Comte la considerará siempre su amor platónico, la mujer perfecta, con la que además mantendrá casi una relación de dependencia. Para estudiar la relación entre Comte y Mme Vaux es interesante acudir al estudio de Charles de Rouvre ya citado anteriormente, sobre todo entre las páginas 57 a 100.

⁶³ Comte, A.: *Système de politique positive*, vol. X, p. 367.

⁶⁴ *Ibid.*, vol. IX, p. 34.

⁶⁵ *Ibid.*, vol. VII, pp. 452-453.

III. ¿En qué consiste la religión positivista?

El propósito comteano de regenerar la sociedad basándose en el conocimiento de las leyes sociales asume la forma de una religión en la que se substituye el amor a Dios por el amor a la humanidad. La humanidad es un ser que trasciende a los individuos. Está compuesta por todos los individuos vivientes, por los fallecidos y por lo que aún no han nacido y se reemplazan en su interior como las células de un organismo: *«todos los hombres deben ser concebidos, no como otros tantos seres separados, sino como los diversos órganos de un solo Gran Ser»*⁶⁶. Son el producto de la humanidad que se convierte en el objeto de veneración de la Religión positiva. Ésta es la forma de la síntesis subjetiva *«consiste en regular cada naturaleza individual y en reunir todas las individualidades»*; designa el estado de completa *“unidad” que distingue nuestra existencia, a la vez personal y social, cuando todas sus partes, tanto morales como físicas, convergen habitualmente hacia un destino común»*⁶⁷.

Fascinado por el catolicismo, debido a su universalismo y a su capacidad de integrar la existencia humana en su totalidad, Comte sostiene que la religión de la humanidad debe constituir una copia exacta del sistema eclesiástico. Ya hemos visto por qué: su admiración hacia la Edad Media y hacia el Papado, como admitió en sus *Consideraciones sobre el poder espiritual*, y su rechazo hacia Lutero.

Considera que *«Tras haber satisfecho plenamente a la inteligencia y a la actividad, la religión positiva, empujada siempre por su realidad característica, se extiende hasta el sentimiento»*⁶⁸, por lo que hay una preponderancia clara del sentimiento, y con ello de la mujer, que se diferencia del hombre precisamente por ser más “sentimental” que “intelectual”. Esto ha de entenderse teniendo en cuenta que Comte distingue ahora *« tres clases de leyes: físicas, intelectuales y morales. Las primeras, pertenecen espontáneamente al sexo activo y las últimas al afectivo, mientras que el orden intermedio constituye el ámbito propio del sacerdocio »*⁶⁹, es por eso que *«la mujer y el sacerdote son los dos elementos esenciales de verdadero poder moderador, a la vez doméstico y cívico. Al organizar esta santa coalición social, cada elemento procede según su verdadera naturaleza: el corazón plantea las cuestiones que el espíritu resuelve. Así la misma composición del catecismo refleja la concepción principal del positivismo: el hombre pensando bajo la inspiración de la mujer, haciendo que concurren siempre la síntesis* y la simpatía*, y con el objeto de regularizar la sinergia*»*⁷⁰. Llega a tal punto la adoración del Comte por la mujer que llega a afirmar *«Pintada o esculpida, nuestra Divinidad tendrá siempre como símbolo una mujer de treinta años con un hijo entre los brazos. La preeminencia religiosa del sexo afectivo debe caracterizar un conjunto, en el cual el sexo activo permanece bajo su santa tutela »*⁷¹.

Ya están dispuestos los dogmas de la nueva fe: la filosofía positiva y las leyes científicas. Para la difusión de estos nuevos dogmas es preciso que haya ritos, sacramentos, un calendario y un sacerdocio. Habrá un bautismo laico, una

⁶⁶ *Ibid.*, vol. X, pp. 244-245.

⁶⁷ Comte, A.: *Catéchisme positive*, vol. XI, pp. 42-43.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 11.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 75.

* *« La síntesis del orden intelectual significa la cercanía entre el espíritu individual y el espíritu social »*

* *« La simpatía es la unión de los corazones »*

* *« Asociación de varios órganos para llevar a cabo una función »*

⁷⁰ Comte, A.: *Catéchisme positive*, vol. XI, p. 22-23.

⁷¹ *Ibid.*, p. 127.

confirmación laica y una extremaunción laica. Comte introduce una nueva dimensión del tiempo: cada día, cada semana y cada mes están dedicados a príncipes o a personajes, combinando lo que él llama el culto abstracto y el culto concreto de la humanidad. Cada semana tiene siete días; cada mes cuatro semanas y el año de trece meses. Los días de la semana, de lunes a domingo, se dedican sucesivamente, al matrimonio, a la domesticidad, a la mujer o al amor, y a la humanidad. Los meses recapitulan los momentos de la historia; así, enero está dedicado a la teocracia inicial, con un personaje mensual, Moisés, y con personajes semanales: Buda, Confucio, Mahoma. Hay que observar que Comte excluye de sus conmemoraciones a los hombres “negativos”: Lutero, Calvino, Rousseau. Los meses recibirán nombres simbólicos – por ejemplo, Prometeo – de la religión positiva, y los días de la semana estarán consagrados a cada una de las siete ciencias. Se edificarán templos laicos (institutos científicos). Habrá un Papa positivo que ejercerá su autoridad sobre las autoridades positivas que se ocuparán del desarrollo de las industrias y de la utilización práctica de los descubrimientos. En la sociedad positiva los jóvenes estarán sometidos a los ancianos y estará prohibido el divorcio. La mujer se convierte en guardiana y fuente de la vida sentimental de la humanidad « *la revolución femenina debe completar ahora la revolución proletaria, igual que ésta consolida la revolución burguesa, emanada, en principio, de la revolución filosófica (...) Bajo la santa reacción de la revolución femenina, la revolución proletaria se purgará espontáneamente de las disposiciones subversivas que la neutralizan hasta ahora* »⁷².

En el *Catecismo* expone la lista de los sacramentos de la Iglesia positiva: presentación, iniciación, admisión, destino, matrimonio, madurez, retiro, transformación, incorporación. Éste último, tomado como ejemplo, consiste en que el sacerdote, después de una investigación que dura tres años, admite o rechaza definitivamente al difunto para el cuerpo de la humanidad. Comte especifica minuciosamente la organización del sacerdocio. El gran sacerdote dirige dos mil colegios sacerdotales en Occidente. Calcula que necesita un sacerdote por cada seis mil habitantes, y da la cifra de cien mil para el efectivo sacerdotal de toda la tierra. Además el catecismo prevé también que el gobierno temporal se ejerza por los tres principales banqueros, bajo la suprema vigilancia del poder espiritual.

Se ve que Comte se propone reactivar las “fórmulas” de la religión mediante una sobrecarga emocional, lo cual indica que se forma una idea bastante exacta de la religión ya que ésta expresa, sin duda, el carácter apremiante, obsesivo, de determinados actos de la vida cotidiana. Comte llega a imaginar el traslado de ese potencial de tensión emocional a todas las categorías de actos que le parece que han de regenerar la vida de la sociedad. La religión se le presenta como un haz de complejos afectivos que aseguran la ritualización de la vida cotidiana según unas estructuras mentales de tipo infantil. Los fieles de la religión positiva no tienen acceso a las “verdades” de la ciencia, sino que se contentan con adherirse a unas creencias cuyo contenido ha sido fijado autoritariamente por el sacerdocio, lo cual supone que los fieles han sido sometidos a los formularios del mito y del gesto mediante la ritualización afectiva⁷³.

Para finalizar, hemos de considerar que la Religión positiva constituye la culminación del sistema comteano puesto que ésta es síntesis de todas las ideas y concepciones de Comte, y elemento crucial mediante el cual se llega a la plenitud del

⁷² *Ibid.*, p. 47.

⁷³ Mucho ilustraría comparar el ceremonial de la religión positiva con las manifestaciones de la piedad religiosa del catolicismo francés del siglo XIX. En él se ve también una especie de condicionamiento “visceral” de la religiosidad, de modo que lo sacro resulte “sensible”; basta con que pensemos en el culto mariano y en el que se les dispensa a los santos.

estado positivo. Toda dinámica comteana aspira a un estatismo ideal, que es el que aquí se refleja. Comte aspira a volcar en el mundo su vocación de eternidad, connatural a todo hombre: quiere una sociedad de tan perfecto engranaje que su forma se eternice, variando sólo el contenido, con la sucesión de las generaciones.